

UN HORIZONTE PARA LA UNIVERSIDAD

Abdel M. Fuenmayor P.

I. INTRODUCCIÓN

La mayoría de quienes reflexionan sobre el estado actual del mundo estarán de acuerdo en sostener que el cambio acelerado y la crisis de valores y prácticas sociales son características señaladas de la época en que vivimos. Época de incertidumbres, ciertamente; de expectativas optimistas o temerosas; de convulsiones, disgregaciones y reagrupaciones de los anteriores órdenes que regían los conglomerados humanos; de violencias por motivos raciales, religiosos, políticos o económicos; de innovaciones tecnológicas asombrosas, todo ello dentro de sistemas que acrecientan rápidamente su dimensión y su complejidad, y que vuelven casi imposible el cálculo y la previsión en el acontecer.

En estas circunstancias, pocas medidas son tan urgentes y necesarias como la de una meditación profunda, ponderada, alejada de prejuicios y de dogmas, acerca de la educación de las nuevas generaciones. A quiénes, para qué y cómo educar son preguntas de siempre, pero ahora adquieren una peculiar significación por las razones que antes hemos expuesto. Dentro de este objetivo, la cuestión universitaria posee un relieve especial. Es oportuno, por consiguiente, exponer ideas, opiniones y juicios sobre el tema, y analizarlo en toda su complejidad. Tarea de todos los que sienten y piensan la universidad como una institución de especial importancia para cualquier sociedad y en especial para las de los países latinoamericanos.

II. LA UNIVERSIDAD AMENAZADA

Si ya el tema de la universidad posee hoy día un carácter destacado para cualquier país, la cuestión universitaria se convierte en un tópico de singular trascendencia para los pueblos latinoamericanos. Y ello por varias razones: en primer término, porque la institución está amenazada, deteriorada o convertida en algo distinto a lo que los principios que las constituyeron le señalaron como razón de ser. En segundo lugar, porque de la universidad se esperan o se exigen cometidos muy diversos, a veces opuestos o divergentes, y es por tanto preciso tratar de esclarecer cuál deba ser su misión en esta época de vertiginosas transformaciones.

Los peligros que amenazan o socavan la universidad en Venezuela son de dos órdenes: internos, unos, y externos, los otros, bien que ellos interaccionen en diversos niveles de sus respectivas manifestaciones. Los peligros internos, por desgracia, se han convertido en unos pocos años en algo más que peligros: son realidades crudas, palpables, que han venido minando el ser de la institución —que por definición tendría que ser uno de los más elevados en la jerarquía de valores sociales— hasta conducirla a un estado de descomposición que refleja bastante fielmente la situación de corrupción y de rebajamiento

en que se encuentran casi todas las instituciones públicas del país. Los agentes de esta descomposición son los mismos que han incidido sobre el resto de la sociedad: el clientelismo, la politiquería, la demagogia, la mediocridad, el compadrazgo, las prácticas dolosas, los medios de difusión de masas puestos al servicio de los intereses mercantilistas, agentes todos a cuya acometida la universidad no podía quedar impune.

A estos factores deletéreos se añade hoy, desde fuera y por una vía diferente, otra amenaza cuyo potencial erosivo no debe menospreciarse. Se trata de la exigencia utilitaria que se plantea a la institución; de las voces que claman por su privatización o por su transformación en una especie de universidad-empresa comercial. Y es el caso que una universidad que se encuentra en proceso de descomposición por los factores internos, y en la que buena parte de sus pocos grupos o individuos con vocación y ejercicio académicos son atraídos por las prédicas neoliberales de la "productividad", de la diferenciación salarial según la "producción" y del utilitarismo, es presa fácil para los avances de la agresión externa que pretende liquidar la institución, ya convirtiéndola en una empresa privada comercial, ya poniéndola al servicio de los intereses políticos y económicos de los grupos privilegiados. No pocos son los gobiernos de los países del llamado Tercer Mundo (países neocolonizados) que, siguiendo fielmente los dictados del Fondo Monetario Internacional, han intentado estrangular las universidades mediante recortes indiscriminados en sus presupuestos y por un estancamiento en el monto de los salarios, lo cual, al contrastar con elevadas tasas de inflación, ha conspirado fuertemente contra las posibilidades de ingreso de nuevo personal, de mantenimiento y superación del actual nivel académico y del perfeccionamiento del cuadro profesoral; todo ello sin que, a cambio, se haya propuesto ni se haya emprendido ninguna acción para poner coto a los vicios inveterados que falsean las universidades, ni a los desafueros cotidianos que con frecuencia se suceden en su ámbito.

III. LA PERTINENCIA DEL TÓPICO

No es preciso ir muy lejos para poner en evidencia el estado deplorable en que se encuentra la mayor parte de las universidades de los países llamados “periféricos” o “subdesarrollados”. Baste con saber que en estos países pobres (donde habitan las 4/5 partes de la humanidad) son sus universidades los entes casi exclusivos dedicados a la investigación científica, y ellas no contribuyen (si se excluyen los países del sudeste asiático) con más allá del 5% del total de publicaciones científicas en el mundo. No en balde hay preocupación creciente por esta situación. Las universidades —si su carga se contrasta con sus resultados— van resultando muy onerosas. En varios lugares se han convocado foros y se han efectuado reuniones en el seno de universidades o fuera de ellas para tratar el problema de la educación superior. En estos foros y reuniones se han intercambiado ideas y se han discutido tópicos del mayor interés. No obstante, en la mayor parte de estas reuniones, la misión de la universidad se ha definido, principalmente, en términos económicos, vale decir, por la capacidad de estas instituciones para contribuir al desarrollo material de los países donde funcionan. Esta unilateralidad, producto de los valores dominantes de esta época, no parece dar cabida a consideraciones del futuro, y mucho menos, contemplar la integridad del ser humano. Como quiera que el tema no se agota, habrá que ocuparse con gran atención y lucidez de la cuestión de las universidades; se deberá examinar y enjuiciar el estado actual de ellas; definir o redefinir su misión y sus alcances, y establecer las directrices de su funcionamiento. Es en este sentido que debieran recibirse con beneplácito todas las intervenciones que contribuyan a dar luces sobre tan fundamental y controvertido tema. Tratemos, pues, en lo que sigue, de discutir la razón de ser de la universidad, de examinar el problema de la misión que la define y la caracteriza, y de asomar algunas acciones que pudieran tomarse para enderezar el rumbo de estas instituciones.

IV. MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Cuando damos una ojeada a la historia de las instituciones públicas de la cultura occidental (tal vez de cualquier cultura), podemos observar que dichas instituciones cambian en el tiempo: la familia, las asociaciones gremiales, los clubes, los deportes, las modas, los sistemas de atención de salud, el derecho, los sistemas de castigo, la iglesia, etc. Ni siquiera el lenguaje queda fuera del flujo de las transformaciones que ocurren con el correr de los años. Algunas de esas instituciones llegan a desaparecer completamente; otras persisten con mayores o menores alteraciones de su patrón originario; y otras, en fin, sólo conservan el nombre, y se modifican de tal modo que dejan de ser lo que antes eran para adquirir nuevas consistencias. La universidad no escapa a esta ley de transformación. Pero lo que nos interesa aquí no es seguir paso a paso la historia de estos cambios ni sus posibles causas, sino indagar si dentro de ellos persiste algo invariable; algo que dé cuenta de la legitimidad de un nombre, de la presencia de una identidad que señale una razón de ser a la universidad. ¿Existe ese algo que perdura a través de los cambios y da sustancia real a la idea de universidad? O, por el contrario, ¿es la universidad un anacronismo, un ente que ha variado hasta el extremo de sólo conservar el nombre como el fantasma de una persistencia? Y, más allá, ¿tienen, dentro de sus fines universales, una misión especial las universidades en los países latinoamericanos — y en general en los del tercer mundo o mundo "periférico"? Son estos los tópicos, inquietantes y excitantes, que creo de crucial importancia dilucidar.

Aunque existen algunos antecedentes nada despreciables en la Grecia antigua, las universidades son principalmente una creación de la cultura occidental europea del Medioevo, con un aporte destacado de la civilización árabe que se extendió por el Mediterráneo entre los siglos VII y IX d.C. Las primeras universidades (Bolonia, París) surgieron en los siglos XI y XII.

Estas universidades medievales dividieron típicamente sus *pensa* en tres grandes sectores del saber: medicina, jurisprudencia y teología. Tal división respondía, según las concepciones de entonces, a los tres órdenes de relación del ser humano con su entorno, a saber: a) a la relación con la naturaleza respondía la medicina, entendida ésta como *physis* (recuérdese que en una época se llamó *físicos* a los médicos), disciplina que luego abarcará las ciencias biológicas; b) de la relación con los otros seres humanos daba cuenta la jurisprudencia (las leyes, la moral), campo ulteriormente dilatado hasta las ciencias sociales; y c) de la relación con Dios se ocupaba la teología, que tenderá a bifurcarse en teología “natural” (a veces llamada metafísica) y teología sacra. Todos esos sectores o campos coincidían en un propósito: la búsqueda del conocimiento. Y esa búsqueda fue el centro de la vida universitaria desde su nacimiento en la Edad Media y durante buena parte de la Edad Moderna. Perseguir la verdad tenía, sin embargo, una finalidad que la trascendía. Se trataba de encontrar el modo más apropiado de lograr esa relación del hombre con la naturaleza, con los otros hombres y con Dios. Se perseguía la vida buena en el sentido aristotélico de la expresión, en la cual los medios y los fines se conjugaban en una unidad indisoluble que aspiraba culminar en la armonía perfecta dentro de un orden universal que emanaba de un poder superior. En unos pocos versos, expresó Dante en su *Divina Comedia* esta idea:

*“le cose tutte quante
hanno ordine tra loro, e questo é forma
che l’universo a Dio fa simigliante”*

(“todas las cosas mantienen un orden entre ellas, y esto es lo que hace que el universo se parezca a Dios”).

La traducción es mía).

Con el advenimiento del periodo clásico en la Edad Moderna (siglo XVIII), la misión de la universidad comienza a cam-

biar, y tal cambio se hace mucho más perceptible en la segunda mitad del siglo XIX para adquirir su plenitud en los tiempos actuales. Para el mundo europeo, se había instaurado un nuevo orden en el que el ordenador no era ya más un ente divino sino el hombre mismo. El hombre moderno rechaza la revelación divina como fuente de verdad: él se constituye en único agente responsable, mediante el uso de sus facultades (observación, experimentación, intuición, razonamiento), de todo saber posible. Más tarde dirá Carlos Marx que el propósito no es tanto comprender la naturaleza o al hombre, sino transformarlos. Llevar a cabo esta inmensa tarea significa tener poder, y el poder se adquiere a través del conocimiento. El conocimiento, entonces, deja de estar al servicio de la vida buena, de la relación armoniosa del hombre con el mundo y con Dios, para convertirse en un instrumento de poder, de dominio sobre la naturaleza y sobre el hombre mismo: el conocimiento se vuelve utilitario (1). No obstante, durante la época clásica, y aún en el período del romanticismo, se aspiraba a que este poder condujera a la felicidad humana, al bienestar universal, a la justicia para todos. Este ideal está hoy archivado y olvidado en el farrago de una historia llena de violencia, injusticias, desigualdades abismales, miseria, pobreza generalizada y de violaciones de todo género a los principios más elementales de humanidad y de respeto por la vida y por el hombre mismo. Olvido que no obsta, sin embargo, para que las palabras que una vez acogieron el ideal humanístico sigan repitiéndose como letanías sin sentido. El conocimiento, en efecto, está ahora claramente supeditado al poder y a los negocios. Es el capital el que principalmente decide qué, cuándo, cómo y con qué objeto se investiga y se intenta conocer, y el único dios del capital es el dinero, la ganancia, la utilidad material.

Hoy como ayer, la universidad no permanece indiferente ante las corrientes de pensamiento que se extienden y se imponen desde los sitios del poder mundial. La fraseología que inunda los discursos en torno a la institución revela con

diáfana claridad esta invasión. Los conceptos económicos y los términos derivados de las mal llamadas “ciencias gerenciales” impregnan el vocabulario de los discursos universitarios: “productividad”, “tasas de crecimiento”, “relación inversión/producto”, “competitividad”, “relación costo/eficacia”, “rentabilidad”, “maximizar”, etc. son estereotipos lingüísticos convertidos en lugares comunes en numerosos textos y declaraciones sobre la universidad. La universidad, como todas las instituciones sociales, como el ser humano mismo, se “economiza”, se convierte en negocio, se reduce a una mera expresión, entre otras, del juego del “mercado”.

¿Es posible encontrar en el curso de estos acontecimientos que han modificado profundamente las universidades algún rasgo persistente, algo así como una esencia que las identifique a través de los cambios en el tiempo? Creo que sí. Hay cuando menos un rasgo que salta a la vista: la universidad es el *locus* privilegiado para buscar el conocimiento, ya sea éste dedicado al afianzamiento de un orden universal por encima de los intereses o inclinaciones personales, ya sea para aumentar el dominio del hombre sobre su entorno, ya como un instrumento para incrementar la producción material y las ganancias. Sigue, pues, siendo la universidad un foco de luz, una viva actividad para descubrir y conocer, y cualquiera que sea el caso de la aplicación de esta actividad, la esencia de la universidad será la búsqueda de la verdad y no otra cosa diferente a esta búsqueda.

Ahondemos un poco más en esta crucial esencia de la universidad. Si algo define y caracteriza al ser humano, es este afán de saber y este conocer mismo. Definamos al hombre como *homo sapiens*, como *zoon politicon*, como *homo socius*, como *homo ridens* o de cualquiera de las muchas maneras que se han propuesto, en todas ellas aparece con carácter primario constitutivo esa facultad que denominamos mente, espíritu, alma, inteligencia (o como quiera llamársela) como lo distintivo del

ser humano. Estos conceptos o toda esencia o propiedad atribuidas al ser humano serían incomprensibles si se desligan de la facultad de conocer. Mente, espíritu o inteligencia no pueden separarse del pensar ni el pensar del conocer. Incluso la apreciación o el goce estéticos o el juicio moral quedarían sin sustento sin la facultad de conocer. Si los animales pueden sobrevivir gracias a su dotación instintiva y a una cierta posibilidad de aprendizaje por imitación, el hombre no podría hacerlo, ni podría ser hombre sin el conocimiento que busca, adquiere y enriquece, y sin su transmisión de unas a otras generaciones. Queda claro, entonces, que la razón de ser de la universidad: la búsqueda del conocimiento, está arraigada en la esencia misma del ser humano. Ello explica la persistencia de la institución y la de su principal cometido a lo largo del tiempo, así como el papel fundamental que hasta ahora ha desempeñado en la cultura occidental.

Ahora bien, todos buscamos el conocimiento puesto que todos, en un grado u otro, de una u otra manera, mediante el conocimiento orientamos nuestras decisiones y guiamos nuestra conducta. Más antes todavía, el conocimiento es prístina inclinación del ser humano ya que es necesidad existencial el ubicarnos en este mundo, el indagar nuestra naturaleza y nuestra relación con el cosmos. Sin embargo, en el ajetreo de la vida diaria, olvidamos a menudo estos problemas, y permitimos que el acervo de conocimientos legado por la tradición nos sirva de guía e ilumine nuestro puesto en el mundo. Ese legado se vierte en automatismos sociales, en hábitos que poco exigen de la reflexión y de la búsqueda activa. Es por esto que a partir del momento en que aparecen las primeras culturas agrícolas sobre la Tierra (que permitieron un cierto excedente como para mantener una clase en relativo ocio) la búsqueda del conocimiento, como acto de creación que es, fue confiada especialmente a una clase o a un sector de la sociedad. Fueron los sacerdotes de la antigua Caldea o del remoto Egipto, los de la vieja China o los de la India, varios milenios antes de Cristo, los primeros

representantes de ese para entonces soterrado oficio de buscar el conocimiento. Los primeros filósofos, los primeros astrónomos y los primeros matemáticos surgieron en las castas sacerdotales de estos antiguos imperios. Más tarde, también en Oriente y sobre todo en Grecia para el siglo V antes de Cristo, floreció el pensamiento indagador más destacado en las academias platónicas, los liceos peripatéticos y en escuelas como la de Alejandría. Y fue también en la Edad Media, bajo la protección de la Iglesia o del Príncipe, que vieron la luz los colegios monacales que serían luego la sede de las primeras universidades de la cultura occidental.

De lo que antecede puede inferirse que las sociedades sienten la necesidad de establecer recintos especiales donde personas también especiales se dediquen a esta esencial labor de buscar la verdad, de renovar lo conocido por el legado de la tradición, de avanzar en la interminable persecución del saber. Los recintos (templos, monasterios, escuelas, academias, universidades) han de ser especiales porque ellos requieren aislamiento y soledad. La reflexión y el estudio, la experimentación, la observación desapasionada, el ordenamiento del pensamiento, condiciones todas indispensables para la búsqueda del conocimiento, no pueden darse libremente y sin trabas en el barullo de la vida mundana. Esa búsqueda requiere, además, libertad de acción y de elección, como lo necesita todo acto creador. Éste exige —¡cómo pudiera ser de otra manera!— la inteligencia creadora; es decir, personas especiales que posean esa misteriosa y poco común facultad de poder crear. Las universidades llenan, o deben llenar, estos requisitos. Y como buscar la verdad no puede ser tarea de uno solo sino tarea colectiva (2), la universidad ha de ser especial recinto donde personas escogidas por su talento creador se dediquen en conjunto armonioso, con pasión y a la vez desapasionadamente, a la señalada tarea de enriquecer el conocimiento para la sociedad y para el mundo.

Valga destacar que la “verdad” que reconocemos puede ser impuesta por el dogma o por la revelación divina, o ser producto de la imitación; mas la verdad auténtica, la que merece ser reconocida, ha de ser buscada por la inteligencia y por la pasión de conocer. La búsqueda de la verdad obliga a la contraposición, a la controversia, al cuestionamiento, a la discusión, a la refutación, a la verificación, todo lo cual implica trabajo en equipo, labor asociada, desarrollo de comunidades dedicadas al cultivo del saber (3). En esta fundamental tarea de la búsqueda del conocimiento, tan arraigada en la misma esencia humana, existen planos distintos que no hacen otra cosa que reflejar la estructura y actividad de la mente. Nunca se ha detenido el hombre, desde su aparición sobre la Tierra, en su afán por conocer: conocer el mundo que lo rodea, pero también conocerse a sí mismo, conocer a su prójimo; y, por último, en el plano superior de esa actividad, su inquietud lo lleva a preguntarse por el sentido de su existencia, por el objeto de sus afanes, por la significación de ese mundo al que pertenece. Es ésta la distinción que quiero hacer entre conocimiento y saber. Conocer sí, pero también insertar ese conocimiento en conjuntos más amplios; reflexionar sobre la elección de sus objetos, sobre el sentido de sus aplicaciones y sobre la propiedad de sus implicaciones. Es allí donde el conocimiento se encuentra con otros valores humanos, estéticos y éticos, y puede así inspirar y guiar la acción. La universidad —si es que quiere serlo— no puede permanecer ajena, en el sentido más genuino y fiel de la palabra que la designa, a este proceso reflexivo, a este exigente intento de conversión del conocimiento en sabiduría. Si la universidad se queda, como por desgracia acontece a menudo, en la mera tarea de conocer el mundo, ya por el ansia del conocimiento, ya por sus aplicaciones utilitarias, deja de ser universidad. Se convierte en simple escuela técnica o en mero instituto de investigación científica o tecnológica.

Esta necesidad de ubicación de los conocimientos en más amplias totalidades comprensivas no debiera ser oficio de unos

pocos: de una facultad, de una escuela o de un departamento en particular (filosofía, historia o teología, por ejemplo). Tendría que ser tarea de todos y de cada uno para que la universidad pueda cumplir cabalmente su misión. Indagar el qué, el para qué, el por qué y el para quién del conocimiento que se crea es no sólo propio, sino deber obligatorio para todo universitario auténtico. Y esta obligación, válida para cualquier universidad, en nuestros países dejados de la mano de Dios o conducidos por la del diablo, es más imperiosa todavía. Lo dicho significa, entre otras cosas, que la universidad tiene el deber, dentro de su misión principal, de ser crítica, agudamente crítica. Esa relevante función crítica, que es inherente a la búsqueda de la verdad, tiene hoy, para nuestros países periféricos, tercermundistas o neocolonizados —que viven amarrados a yugos ideológicos, económicos, políticos y culturales impuestos desde afuera— destacado papel y primerísima importancia. La crítica es lo que nos puede abrir los ojos para mirar en otras direcciones que no sean las impuestas desde el exterior; es la que nos puede enseñar cómo rechazar la imitación ciega para, al lograrlo, convertirnos en creadores de cultura. Dedúzcase, entonces, de los párrafos que preceden, ¡cuán exigente, rigurosa y cuidadosa debe ser la universidad para escoger su personal de investigación y docencia, y qué lejos de este *desideratum* hemos estado y seguimos estando en nuestras universidades al proceder a esta selección! Pero también, ¡qué difícil es en nuestros pueblos excolonizados y ahora neocolonizados encontrar personas calificadas para desempeñar esta delicada tarea de crear y transmitir conocimientos, y qué míseros son los estímulos y qué magros los medios que se ofrecen a esas personas para llevar a cabo su cometido!

La misión esencial de la búsqueda del conocimiento posee ineludibles extensiones. En efecto, el conocimiento no puede quedarse en el laboratorio o en el cuaderno de notas. Ha de divulgarse para que cumpla, con toda amplitud, esa primera condición que lo caracteriza que es la de ser sometido a la crítica

más amplia posible para su discusión y eventual refutación o modificación. Es esta la función de las publicaciones, de los congresos científicos, históricos o filosóficos, y la de los seminarios, talleres, foros y otras modalidades de divulgación y crítica que hoy se enriquecen con potencialidades insospechadas merced a los avances tecnológicos de la computación y de las telecomunicaciones. En otra dirección, visto que la universidad es una especie de depositaria del legado del saber, la divulgación es tarea obligada a través de la educación de adultos, ya sea mediante cursos formales o actividades puntuales como conferencias, charlas, educación por radio, prensa, televisión, etc. Al lado de estas indispensables extensiones de la tarea del conocer, existe una de singular relieve. Me refiero a la educación superior, a la formación profesional, la cual, para ser universitaria, ha de estar íntimamente ligada a la búsqueda del conocimiento, a su integración en totalidades y a la función crítica. Contribuir a la formación de nuevas generaciones en el nivel de la educación superior es uno de los objetivos principales de las universidades. Sin esta actividad, la universidad sería un despilfarro; pero la educación superior desligada de la búsqueda del conocimiento convierte las universidades en meras escuelas o, a lo sumo, en centros de enseñanza secundaria.

V. UNIVERSIDAD Y PAÍS (acción y conocimiento)

Si es verdad que en la práctica las universidades "autónomas" han hecho muchas veces lo que han querido y como lo han querido hasta casi destruir su propia posibilidad, en las declaraciones oficiales o de particulares frecuentemente se les pide demasiado. O, quizás, no es que se les pida demasiado (es más bien lo contrario), sino que se les exigen funciones que no les corresponden o que se apartan de su misión fundamental. La muletilla de que la universidad no está abierta a los intereses de la sociedad revela esta errada exigencia. Se pretende, de modo abierto o disimulado, que la universidad resuelva los problemas del país, que conjure el subdesarrollo, que impulse la

industrialización y la diversificación productiva, y que se convierta en una fabricante de técnicos y tecnólogos (cuando no de tornillos, de máquinas o de productos lácteos) que sirvan al proceso de transformación social. Pero, como ya hemos dicho, no es ésta la misión de la universidad; más aún, esta carga que se le quiere imponer se opone al fin propio de estas instituciones.

Nuestros rasgos culturales han sido principalmente producto de la imitación; pero al imitar erramos, exageramos y distorsionamos. Este desmedido afán de copia, tal como en muchas otras instituciones, ha ocurrido en la universidad. La universidad (o lo que fue su germen) para el tiempo de la Colonia fue impuesta por el imperio español para provecho y fines de la Corona. Una vez conquistada la independencia, sólo imitación es nuestra historia: imitación y fracaso. Imitamos la democracia, la justicia, la libertad, la ley, el orden y las instituciones sociales, y hemos llegado adonde estamos, con entes formales ajenos a la práctica social. Democracias que son dictaduras del militar de turno o de partidos políticos corrompidos; justicia que es injusticia; libertad que es libertinaje de unos pocos y esclavitud de muchos; leyes que sólo existen en los papeles escritos; orden e instituciones sociales que son desorden y disgregación institucional. Imitamos la universidad de Europa durante los años que siguieron a la Independencia y en los períodos de las dictaduras brutas militares, y sólo obtuvimos universidades escolares de repetición rutinaria. En la época de la universidad "democrática", imitamos la universidad científica de EE.UU. y de Europa, y parimos el hiperfeto de una universidad masificada, escolar, repetitiva, hiperburocrática e inficionada con el juego del compadrazgo y de la politiquería. Hemos creído —en nuestro exceso imitador— que la universidad es piedra de toque para el desarrollo siendo que, en realidad, la historia de los países que queremos imitar muestra algo diferente. En Europa, por ejemplo, la revolución industrial tuvo poco o nada que ver con las universidades. Se puede decir que esa revolución se dio fuera de ellas, y que sólo mucho más

tarde, ya avanzado el siglo XIX, las universidades europeas comenzaron a acoger en su seno los avances de la ciencia experimental y de la especulación teórica que marcarían nuevos derroteros a la visión científica (4). En cierta forma, las universidades científicas son, antes que causa, producto de la revolución industrial y de las transformaciones sociales, económicas, culturales y políticas que sufrió Europa una vez que desarrolló la fábrica y la producción en serie. Un fenómeno similar se puede observar en el Japón actual, país en el que apenas recientemente las universidades comienzan a jugar un cierto papel en el desarrollo industrial del país.

La búsqueda del conocimiento y la conversión de éste en saber es, principalmente —por así decirlo—, una actividad de encierro, casi monacal, desasida del ajetreo del mundo cotidiano y de sus perentorias demandas. La vinculación de la universidad con el mundo del diario vivir se lleva a cabo, en la mayor medida, mediante la divulgación de los conocimientos alcanzados por la institución y a través de su acción docente; pero se desliga, en cambio, de la posible aplicación de dichos conocimientos, aplicación que, por otra parte, es muy difícil de anticipar en esa etapa de la búsqueda. Es en esta etapa —bueno es recalcarlo— cuando se lleva a cabo la verdadera actividad científica. La vinculación externa de la universidad se realiza, más que por medio de las aplicaciones prácticas del saber, en otro sentido: en el contacto con otros centros de investigación, con otros investigadores, con bibliotecas y publicaciones; a través de su función educativa y divulgadora, y mediante su actividad crítica. Cuando la universidad se atá al mundo del afán cotidiano desvirtúa su misión; se convierte en otra cosa diferente; se aparta de su fin primordial que es la búsqueda de la verdad.

Y puesto que el conocimiento es poder, maniatar la universidad, ponerla bajo tutela y control ha sido vieja aspiración de los centros dominantes desde la época medioeval. La Iglesia

o el Príncipe, primero (alegando siempre un supuesto bien para el cuerpo social, para la relación con Dios o para la exaltación de otros valores); el Estado democrático o dictatorial, después; la empresa privada, ahora, han hecho esfuerzos por lograr este dominio. Fue ésta la causa de que, por reacción, surgiera la noción de autonomía (tan desvirtuada en nuestra realidad universitaria (5)) como defensa a esta invasión extraña al sentido de universidad.

La universidad refleja—ya lo dijimos antes—aspectos esenciales del ser humano, y ello (valga la insistencia) es razón de su persistencia en el tiempo y de la identidad de su misión. El ser humano, como cualquier realidad material, **existe** —*hic et nunc*—en el presente; en este **aquí** y este **ahora**; pero **su ser** se despliega en el tiempo. El hombre es su pasado, del cual aunque lo pretenda (aberración de la actual cultura “presentista”) no puede desprenderse, y también **es** su proyecto, su futuro. Memoria e imaginación, legado e innovación son constitutivos de lo que somos como humanos. Y así es la universidad. Ella toma la herencia cultural (mitos, tradiciones, conocimientos acumulados hasta el presente, historia del suceder) y los aportes de su propia cultura, la cual es, a su vez, herencia de otras influencias culturales con el añadido de las propias creaciones, y parte de allí para engendrar otros conocimientos, para dar a luz distintos horizontes y visiones, para abrir nuevas posibilidades. En este sentido, el ser íntimo de la universidad calca el ser íntimo del hombre. La universidad crea los conocimientos, novedosas aperturas para ser difundidas y entregadas a su región, a su país, al mundo entero. La entrega, para la universidad, debe ser total, sin resguardo de patentes, sin cortapisas políticas ni de fronteras, sin “derechos de autor”. No puede saberse, a ciencia cierta, para quién, para qué y con qué fin se apliquen esos conocimientos, y ni siquiera qué tanta validez tengan ellos ni cuánto resistan la confrontación y la crítica. La única exigencia habrá de ser el rigor del método, la honestidad en la búsqueda, la capacidad del investigador, su

intención de objetividad hasta donde nuestra propia naturaleza y nuestra inmersión cultural lo permitan, y el respeto por los valores éticos que significa, ante todo, el respeto por la condición humana y por la condición de vida que la soporta.

La universidad, entonces, es una institución que acumula, estudia, interpreta y asimila el pasado para con su afán inquisitivo forjar el porvenir. La universidad no es una institución para el presente sino, más bien, para el futuro. Se ocupa de crear conocimientos como legado hacia el futuro, y prepara las nuevas generaciones en cuyas manos reposará la responsabilidad de emprender la acción, de la aplicación del saber adquirido, de la conducción de la antorcha que continuará lo mejor de la tradición humana. La universidad está de hecho en el presente; lo utiliza si se quiere, pero con el fin de modelar el porvenir. La universidad no está allí para resolver problemas del hoy ni para enfrascarse en el diario acontecer. Deberá alzarse sobre él y mirar el horizonte, más lejano, del porvenir. Las múltiples e imperiosas exigencias del presente desbordan la misión universitaria, la confunden y le imponen un fardo extraño a su esencia y paralizador de su empeño. Esa misión "presentista" que tan insistentemente se le quiere conferir a la universidad es ajena a su más verdadera finalidad (6).

No significa lo que antecede que la universidad deba vivir en un aislamiento etéreo. Vimos cómo se conecta con la tradición (científica, literaria, filosófica, artística, etc.), y cómo se lanza al futuro por el acto de la creación. Pero, además, el aislamiento a que nos referimos en párrafos anteriores es, por supuesto, relativo. Quienes profesan la vocación del conocimiento pertenecen a este mundo; están en él como lo está la institución en la que estrenan y continúan sus esfuerzos. Y no sólo ellos habitan en el mundo del modo actual como se les presenta, sino también dentro de su propia historia personal, de la de su región y de la historia universal que los envuelve, los penetra y los construye. Esos creadores universitarios vienen

del mundo y van al mundo, y su labor es para su región, para su país y para el mundo entero. Si necesitan el aislamiento es para que su labor trascienda, para que sea más fructífera. Cuando se ha mencionado, a veces con demasiada insistencia —casi convertida en *slogan*— que la universidad venezolana está encerrada en sí misma, se comete un error de perspectiva. Es lo contrario: ha estado tan abierta a las contingencias de nuestro acontecer que se ha confundido con él. La universidad, o lo que ella pretendió ser, ha sido un espejo fiel de las realidades nuestras como país, y ha reflejado sus dramas, sus fracasos, sus distorsiones y sus contradicciones.

Ciertamente que hemos de reconocer que en el antes citado dicho de Marx (“de lo que se trata no es tanto de conocer el mundo como de transformarlo”) hay no poca verdad: el ser humano, en efecto, es pensamiento y acción. Piensa para conocer y para actuar; para transformar su entorno y adaptarlo a sus necesidades, aspiraciones, deseos y visiones. Pero esta unidad que se da en el ser humano no pueden reflejarla, o sólo lo hacen de modo parcial, sus instituciones sociales. Una iglesia no es un cuartel, ni una familia un sindicato, ni una universidad una empresa. El hombre, como universitario, piensa, conoce y *re-piensa* (vuelve a pensar, reflexiona); en tanto que como ciudadano, como político, como hombre público que ineludiblemente también es, actúa. La búsqueda del universitario, si no está invadida por impuestas ideologías deformadoras (como es en buena medida el caso de las universidades de los países “periféricos”), se siembra en su realidad, la local y la universal. Recuerda Miguel de Unamuno un verso del poeta canario Nicolás Estébanez que dice:

*Mi patria no es el mundo,
Mi patria no es Europa,
mi patria es de un almendro
la dulce y fresca sombra...*

Pero ese almendro —que crecía en el patio de la casa del poeta— se alza en el suelo y se nutre de la tierra del planeta que nos soporta; dirige sus ramas y sus flores al cielo (que es de todos), se nutre de la luz del universo, y da sus frutos sin reparos de fronteras.

Por otra parte, otras instituciones pueden asumir —y de hecho lo harán con más propiedad— ese papel activo en la búsqueda de soluciones a problemas que agitan el presente. La universidad, en este caso, podría con ventaja asesorar e iluminar esa búsqueda. Es posible, y muy deseable en nuestro país, que a la par que se reduzca el número de universidades, el de sus profesores y el de estudiantes; es decir, que se transforme la cantidad en calidad, proliferen los institutos de investigación científica aplicada y las escuelas técnicas, y que estos últimos mantengan relación estrecha con las universidades.

VI. UNIVERSIDAD, ESTADO Y NEGOCIOS

Todo lo anteriormente expuesto acerca de la misión de la universidad y de la relación entre la universidad y el país ahorra gran parte de la exposición de este tópico. Las tendencias marcadamente crematísticas que privan en la época actual gravitan, como ya dijimos, sobre todas las instituciones sociales, la universidad entre ellas. Dos aspectos destacados de esas tendencias, íntimamente vinculados entre sí, influyen de modo especial sobre la universidad presionando fuertemente sobre ella para atraerla, desvirtuándola, hacia la corriente mercantilista que impregna todo el orden social de la actual civilización occidental. Estos aspectos son el empequeñecimiento del Estado y la noción de la autogestión (léase: de la universidad-negocio). La consigna del neoliberalismo es lograr que el Estado se descargue de la mayor parte de sus responsabilidades sociales; es decir, que se promueva una marcha acelerada hacia la privatización de todas o casi todas las funciones y actividades que anteriormente le habían sido conferidas al Estado dentro

del orden social. En el nombre de una pretendida mayor eficiencia —pocas veces comprobada en países no desarrollados— el traspaso a manos privadas de muchas de las responsabilidades antes asumidas por el Estado, aparte de constituir una expropiación de bienes de la sociedad para beneficio de unos pocos de sus integrantes, transforma varios de los entes que ejercen esas responsabilidades en algo diferente a lo que la función específica les había señalado. Tal es el caso de las universidades. En Venezuela, han surgido en los últimos lustros numerosas universidades privadas o “institutos universitarios”, los cuales, en su mayoría, están muy lejos de ser universidades y constituyen, por el contrario, empresas lucrativas. Es la instrucción convertida en negocio. No son pocas las voces idólatras del neoliberalismo que pretenden, con cierto beneplácito de algunos personeros del Estado, que las universidades nacionales se conviertan en universidades privadas. Estas últimas, sin duda, menosprecian la investigación (de escaso rendimiento económico en estos países), y dirigen todo su empeño a un tipo de docencia (carreras cortas que, cuando menos según la propaganda, facilitan la consecución de empleos remunerativos) que se caracteriza por su aceptación entre los consumidores (procedentes casi siempre de las clases pudientes dado el elevado costo de las matrículas), y por los bajos costos que tal tipo de docencia acarrea a la universidad-negocio.

El otro aspecto, el de la autogestión, incide también en forma negativa sobre la institución universitaria, orientándola por la misma senda utilitaria. Se trata de una forma disimulada de privatización en la cual la universidad deberá conseguir por sí misma los recursos para su financiamiento. Obligada a subsistir por sus propios esfuerzos, la universidad se desvía de sus objetivos esenciales. En procura de dinero, se vuelve comerciante: vende (contrariando su vocación y razón de ser) conocimientos, docencia y asesorías. Esto trae consigo que su funcionamiento se torna azaroso y desigual, porque depende principalmente del estado del negocio. Además, la autogestión propi-

cia la disgregación de la institución, la renuncia o el debilitamiento de sus valores éticos, su sujeción a intereses extraños y la consecutiva pérdida de la libertad académica, su fragmentación en unidades independientes (ellas subsisten, entonces, según su habilidad para lograr por medio de la propaganda la aceptación de sus "productos", o por gracia de la demanda real de esos productos por parte de la colectividad), y el menosprecio hacia las unidades o departamentos que no ofrezcan "productos" de consumo masivo (como ocurre con muchas carreras humanísticas, por ejemplo). La práctica de la autogestión económica, además, favorece la segregación clasista en la educación, ya que uno de los recursos a que apelan las universidades en estas condiciones es el cobro de matrícula a sus estudiantes, el precio de la cual es habitualmente demasiado elevado para los bajos ingresos de la mayoría de la población. (7)

Es, pues, imprescindible para la vida de la universidad y para el cumplimiento de su designio fundamental que ella sea sostenida por el Estado, puesto que éste es la única institución social que debe representar los intereses, extendidos en el tiempo, de toda la nación, y porque es el Estado, en el concierto de los otros Estados del planeta, quien mejor puede asimilar, adoptar y apoyar los compromisos de universalidad que competen tan de cerca a las universidades. Miradas de cierta manera, las universidades son un lujo, por cuanto ellas —o sus formas primitivas o embrionarias— sólo surgen en la historia una vez que el hombre es capaz de producir excedentes que permitan la existencia de personas o clases "ociosas" que puedan ocuparse de la creación de conocimientos. Pero este lujo es necesario; indispensable, deberíamos agregar, ya que no sólo responde a una necesidad primordial del ser humano y contribuye (o debe contribuir si su misión es bien entendida) al perfeccionamiento de esa condición humana a través del tiempo, sino también porque de la aplicación de sus hallazgos (aplicación que a la universidad no corresponde) pueden surgir grandes beneficios para el bienestar de los pueblos. Por consiguiente, el Estado

está en la más completa y total obligación de sostener con holgura las universidades, y, también, de exigirles con riguroso celo el mejor cumplimiento de los fines que les son propios. Al señalar esta obligación del Estado, deben hacerse tres advertencias: la primera es que el Estado no caiga en la trampa que tienden los utilitarios neoliberales cuando al tratar de disminuir el valor de las universidades para estos países no desarrollados incitan a los órganos de poder a desprenderse de sus compromisos con ellas. La segunda es que el Estado mismo, envuelto en esta ola actual de economismo y de "presentismo", no exija a las universidades funciones que no le corresponden como ya lo hemos explicado en párrafos precedentes. La tercera, la primordial, es que el Estado, por torpes fines políticos, no pretenda subyugar la libertad de investigación, de crítica y de divulgación de ideas y conocimientos, libertad que constituye la verdadera autonomía universitaria.

Por último, no es desdeñable examinar aquí la idea, muy extendida en ciertos medios, de la conveniencia de establecer una relación estrecha entre universidad y sectores productivos (industria, agricultura, ganadería, servicios, otros). A título ilustrativo es apropiado citar algunos casos que muestran aspectos pocas veces visibles de las implicaciones de estas relaciones. Según un artículo aparecido en la revista *TIME* (Jodie Morse: *Campus Awakening*. Abril, 12, 1999, p. 39), la Universidad de Michigan obtiene beneficios materiales importantes por la venta de ropa deportiva a sus estudiantes. No hace mucho tiempo que ocurrieron masivas protestas estudiantiles: se acusó a esa Universidad de extraer sus beneficios y de acrecentarlos gracias a los negocios que efectúa con una compañía que fabrica los artículos deportivos en países pobres, en los que el salario pagado a los trabajadores es muy inferior al que se pagaría en los EE.UU. En 1998, la Universidad de Michigan habría obtenido beneficios equivalentes a 5.7 millones de dólares por la venta de sombreros fabricados en la República Dominicana, donde se pagan salarios inferiores a 1 dólar por

hora de trabajo (69 centavos de dólar por hora). La protesta estudiantil se elevó contra la explotación de otros seres humanos.

Otro caso, también muy ilustrativo, es el denunciado en editorial de la acreditada revista médica de circulación internacional *Annals of Internal Medicine*. (Frank Davidof: *New Disease, Old Story*. Vol. 129; N° 4, Agosto 15, 1998, p 327-328). En este editorial se cuentan las aventuras y desventuras del Dr. D.G. Kern, y de sus colaboradores, miembros de una unidad de investigación sobre medicina ocupacional situada en Providence, (Rhode Island, EE.UU.), unidad vinculada con una universidad de ese estado. Estos investigadores, como fruto de sus observaciones, descubrieron una nueva enfermedad pulmonar ligada al trabajo en una industria textil que opera en la región, industria que provee ayuda financiera a la universidad de la cual depende la unidad de investigación ya citada. Según el editorial de Davidof, Kern y sus asociados fueron objeto de presiones y amenazas por parte de la universidad y de la empresa textil para que no publicaran los resultados de sus investigaciones. Continúan apareciendo en revistas médicas internacionales artículos de denuncias similares (conocidos con el elusivo nombre de “*conflicto de intereses*”) que ponen de manifiesto la creciente influencia de los intereses comerciales sobre la investigación científica, y cómo va desapareciendo la libertad académica de las universidades bajo la presión del omnipotente poder económico que cada vez más rige el mundo entero.

Creemos que entre la universidad y las actividades productivas ha de existir una relación, pero una relación no privilegiada y mucho menos de dependencia. La universidad, por definición, ha de estar en relación con el mundo: con la producción material, con el arte, con la ciencia, con la política, con la sociedad, con la naturaleza, con el universo entero. Pero esta relación debe respetar, por encima de todo otro interés (que a menudo es circunstancial y del momento) la libertad en la

búsqueda del conocimiento y de la verdad. Para la universidad no hay campo específico que excluya de su interés potencial cualquier otra región del conocimiento o de la crítica, y es por eso que es universidad. La relación privilegiada y sometida (a través del incentivo del financiamiento) de la universidad con las empresas productivas (con los negocios) es una relación espuria, que contamina la institución y niega su esencia. Este modo de relación debe rechazarse, así como también hay que rechazar la demanda de un Estado que de manera dictatorial o por la sujeción económica pretenda determinar las áreas que competen a la universidad en su tarea de buscar el conocimiento. No obsta lo dicho para que la universidad no pueda aceptar, sin compromisos distintos al cumplimiento libre de su misión, donaciones de empresas privadas, o llegar a acuerdos con las mismas o con el Estado para llevar a cabo investigaciones específicas que a los departamentos universitarios pudieran interesar. Pero estos acuerdos deben efectuarse —sin ninguna clase de presiones— a nivel superior, en instancias directivas universitarias que velen celosamente por la preservación de la libertad de investigar y de crear conocimientos, y que mantengan un ojo crítico ante esas relaciones. Ese ojo crítico debe tener plena y aguda conciencia de que el interés de los negocios no coincide con el de la sociedad o con el de la humanidad, y de que, por el contrario, demasiado a menudo el interés mercantil se opone al interés social y al interés humano. Incluso los intereses del Estado pueden diferir de los de la colectividad y ser contrarios a estos últimos. Numerosos ejemplos hay de ello. Particularmente en nuestros países, el Estado, siempre urgido por la agudeza de sus problemas del presente, olvida a menudo la proyección de las acciones hacia el futuro y la responsabilidad de la actual generación con las generaciones del porvenir.

VII. LA UNIVERSIDAD DENTRO DE UN PROYECTO DE CAMBIO NACIONAL

a. El diagnóstico:

Desde los tiempos de la Colonia, la universidad en los países latinoamericanos cumplió la función de adiestrar algunos profesionales que requerían las nacientes ciudades y la de capacitar personal para las tareas de administración colonial, todo en provecho de las metrópolis imperialistas. Esta situación no cambió de modo sustancial después de la independencia de esas colonias del yugo español o portugués, aunque hubo notables intentos modernizadores que involucraron a las universidades en una incipiente y más bien rudimentaria tarea de búsqueda del conocimiento. En Venezuela, si bien no se puede negar la presencia de investigadores inquietos, nacionales o extranjeros, que impulsaron la búsqueda del saber, estos personajes, siempre escasos y trabajando en condiciones adversas, llevaron a cabo sus investigaciones como una tarea personal, extraña a la institución como tal. La investigación no era reconocida como fin de la universidad, sino más bien como una tarea tolerada, a veces bien vista, pero siempre secundaria y de poca monta. La gran preocupación fue la enseñanza de profesiones liberales a nivel de pregrado para formar los servidores públicos (médicos, abogados, ingenieros, farmacéutas, etc.) que requerían las ciudades, siguiendo así el móvil que animó la universidad colonial, aunque con una ampliación de las carreras y del número de cursantes. La universidad continuó siendo, pues, con algunas excepciones, una institución escolar. Con pocas variantes, tal universidad escolar prolongó en Venezuela su apacible *status* hasta la caída de la dictadura perezjimenista. A partir de este momento, en la flamante Ley de Universidades promulgada por el gobierno revolucionario, se consagró la búsqueda del conocimiento como el principal objetivo de la universidad, y, con este propósito reformista y un más jugoso presupuesto asignado a la educación superior, se abrieron

ampliamente tres compuertas principales cuyos efectos, unos benéficos y otros —los más— muy perjudiciales, los estamos viendo hoy en toda su plenitud.

Tales aperturas fueron: a) Envío al exterior para su formación o perfeccionamiento de un importante número de profesores, algunos con años de experiencia docente, otros de reciente ingreso a la institución, para seguir cursos en universidades prestigiosas (de los países industrializados en la mayor parte de los casos). Al lado de este éxodo, también se produjo la contratación de otro número no despreciable de profesores emigrados de esos países desarrollados o con mejores condiciones de educación que el nuestro, principalmente de Europa y del sur del subcontinente suramericano. Este movimiento trajo consigo un impulso marcado a la realización de la prescripción que la nueva Ley dictaba en cuanto a la misión fundamental de la universidad. Pero ese impulso renovador, con todo y su potencia, ha naufragado en buena parte al chocar con las fuerzas contrarias que otros factores levantarían en su contra; b) Las nuevas corrientes democráticas post-dictadura y las presiones de las clases medias bajas y obreras por demanda de mejor posición social y económica para sus nuevas generaciones forzaron la apertura de las universidades a estas juventudes. Factores de orden político y político-demagógico del momento (8) y la abundancia de recursos derivados del petróleo condujeron a la masificación de las universidades con un estudiantado no seleccionado, mal preparado y ávido de elevación en la escala social; c) La masificación estudiantil, amén de otros ingredientes, facilitó la contrapartida representada por la masificación profesoral: El ingreso no seleccionado de estudiantes se repitió en el lado docente, y así irrumpió en la universidad una ingente masa de profesores no aptos por sus condiciones intelectuales, culturales y espirituales para la exigente tarea de investigar y enseñar. Con el correr del tiempo y bajo el amparo de la autonomía, esta masa mediocre de estudiantes y profesores, auspiciada por la cómplice tolerancia de gobiernos y también de

partidos políticos que tomaron la universidad como sitio de su reclutamiento partidista, se apoderó de la institución, la hizo dócil a sus propósitos personalistas o grupales, y la degradó hasta extremos que sólo hoy, y particularmente en ciertos casos, se han puesto en evidencia en su máxima crudeza.

La universidad continúa siendo, pues, la universidad escolar, ahora agigantada. No obstante, en ella ha crecido, con dificultades enormes, en desventaja numérica y de toda índole, un sector reducido que pretende elevar la investigación al lugar que le corresponde. Este sector, que ha ido adquiriendo fuerza y conciencia de grupo en una especie de bastión aislado, padece, sin embargo, en un número nada despreciable de sus integrantes, de dos defectos significativos que, en cierta forma, constituyen también una amenaza para la universidad cuya misión hemos caracterizado anteriormente. Tales defectos pueden resumirse en la práctica por parte de sus integrantes de una absorbente especialización con matices tecnicistas dominantes, y en la adopción más o menos declarada de las doctrinas neoliberales que ellos absorbieron durante sus estudios de postgrado en universidades de países industrializados donde estas doctrinas forman parte de la atmósfera cultural.

En síntesis, la universidad está deteriorada por la baja textura intelectual y espiritual de sus cuadros directivos y administrativos; por la mediocridad y el compadrazgo; por el ocio improductivo bien remunerado y por la adhesión al sistema clientelista de buena parte del profesorado; por la masificación estudiantil y profesoral; por el mal ejemplo que deriva de las actuaciones de muchos profesores y de la burocracia universitaria, y, también, por la acción nociva de los dirigentes políticos, todo lo cual genera incapacidad, mal uso de los recursos e incitación al amiguismo. Por otra parte, animada la universidad de un impulso creador que se origina en un sector reducido de profesores que rechaza cada vez con mayor energía la situación de descomposición en que se debate la institución, ella

está a la vez amenazada por este mismo grupo y por las fuerzas externas (Estado, corriente dominante de ideas neoliberales, poder exterior) que lo captan y lo inducen, en nombre de la **productividad**, a desviar la universidad de su misión mas auténtica o a distorsionar esta misión por la aplicación de criterios economistas y utilitarios cuya sujeción a doctrinas imperialistas no se hace consciente en este sector verdaderamente académico.

b. El tratamiento:

¿Qué hacer en semejante situación? La respuesta no es fácil, pero de antemano creo que puede rechazarse la idea —que tiene cierta aceptación entre algunos profesores de buena fe, de muchos estudiantes de mala fe y de personas mal intencionadas situadas en posiciones directivas o con aspiración a ellas— de que un cambio importante y significativo de la universidad pueda provenir de su propio seno. Son muy potentes las fuerzas que estancan la universidad en el marasmo y el parasitismo como para que el escaso sector progresista pueda sacarla del tremedal que la engulle. La solución, entonces, si es que hay alguna, ha de venir de afuera. Y ese “fuera”, por las razones que ya dijimos, vale decir, por ser el único ente al que legítima y legalmente se puede achacar y exigir la representación de la sociedad entera, radica en el Estado. En el Estado, sí, aunque de él parta una de las más recias amenazas: la de apropiación indebida; la de compulsión y sometimiento; la de estrangulamiento de la libertad académica. No cabe esperar que, en general, los actuales gobiernos latinoamericanos tengan el interés, la comprensión y la voluntad necesarios para imprimir a las universidades de sus respectivos países una orientación firme hacia su vital y esencial misión, **cual es la búsqueda no comprometida del conocimiento y su integración en las totalidades (científicas, ontológicas, éticas y estéticas) que lo envuelven**. Sin embargo, la creciente pobreza de este subcontinente y el clamor de sus masas explotadas y miserables

van creando, con mayor fuerza cada día, una presión que puede ser capaz de provocar cambios políticos de consideración. De hecho, el reciente ascenso al poder en varios países latinoamericanos de candidatos menos apegados a los dictados de los poderes externos y a las corrientes ultraliberales presagian ciertas transformaciones en el sentido que hemos anotado. Un Estado interesado en mejorar substancialmente sus universidades tendría que considerar en primer término las siguientes dos medidas, las cuales habría que adaptar según las circunstancias especiales de cada país e institución:

1) Disminución del número y dimensión de las universidades, asignando esta denominación solamente a las instituciones que cumplan o puedan cumplir su misión fundamental con rechazo de otros fines espurios o impropios que las niegan, las asfixian o las entran en la actualidad. Tal gestión podría acompañarse de la simultánea creación de varios institutos científicos y tecnológicos para propósitos específicos (en estrecha relación con las universidades, pero separados de ellas) que abordarían la acuciadora tarea de la investigación aplicada, según los planes del Estado, para el desarrollo del país y, eventualmente, de acuerdo con los de la empresa privada. Podrían, igualmente, crearse cierto número de escuelas técnicas e institutos **no universitarios** (dependientes del Estado y con relaciones más o menos estrechas con las universidades y con los institutos científico-tecnológicos) destinados a la formación profesional en carreras técnicas cortas.

2) Saneamiento de las universidades que subsistirán después de aplicada la reducción cuantitativa mencionada. Ello implicaría la ejecución fiel de una planificación por niveles, la vigilancia en el riguroso cumplimiento de los planes, programas y tareas, y la sanción adecuada para quienes falten a sus obligaciones y compromisos; la depuración del personal incompetente o mediocre y la más cuidadosa y efectiva selección del nuevo personal, totalmente ajena a componendas, compadrazgos

e intereses particulares o de grupo. Requeriría, además, en las universidades venezolanas autónomas, la derogación del actual sistema de elección de autoridades y la implantación de otro que garantice que los candidatos reúnan las más altas calificaciones académicas, morales e intelectuales para desempeñar con propiedad sus cargos y ejercer debidamente las delicadas responsabilidades que ellos demandan. En el mismo sentido habría que actuar en el lado estudiantil: rigurosa selección, cuidando celosamente que ésta se ejerza en igualdad de condiciones para todos los candidatos (9); exigencia de rendimiento como garantía *sine qua non* de permanencia, y comportamiento ajustado a pautas serias y disciplinadas. Sería preciso, además, revisar y cambiar el número y carácter de las carreras universitarias; incrementar los estudios de postgrado a la par que reducir los de pregrado; desarrollar los laboratorios de investigación y enriquecer las bibliotecas y los medios de información y comunicación científicas y humanísticas. En pocas palabras, se trata de convertir la universidad —no sólo en la letra y en el discurso sino, y sobre todo, en los hechos— en ese sitio privilegiado de ciudadanos privilegiados intelectual y espiritualmente que constituyan una comunidad de profesores y alumnos dedicada a la búsqueda del conocimiento y al desarrollo de los altos valores del espíritu.

Es posible que una transformación de esta naturaleza — que pretende en breve tiempo y con medidas drásticas deshacerse del lastre acumulado en estas instituciones a través del tiempo— sea impracticable dentro de un gobierno “democrático” como los que hay en uso en los países “periféricos”, o tenga un costo políticamente muy elevado para el gobierno de turno, cuya posición nunca es tan sólida como quisieran sus mandatarios. Es posible, incluso, que en las actuales circunstancias no se den en nuestros países las condiciones indispensables para proceder a esta renovación. En tal caso, cabe una segunda posibilidad menos radical, que no utilice el recurso de la intervención de las universidades, pero que, persiguiendo similares

objetivos, pueda el Estado, de modo progresivo y con planes a corto, mediano y largo plazo, orientar, quizás prescribir, la marcha de estas instituciones. Sin embargo, si algo ha de ponerse a caminar, es imprescindible que se tomen, cuando menos, ciertas medidas fundamentales sin las cuales difícilmente puede esperarse una transformación aceptable ni tampoco que la empresa inicial conduzca a los fines deseables. Esas medidas, variables según países e instituciones, tendrían que contemplar la conveniencia de modificar leyes y reglamentos; de exigir planificación de actividades y control de su ejecución; de introducir disposiciones que fomenten la excelencia académica y de imponer los criterios más rigurosos para la elección de las autoridades institucionales, para la selección del personal y para el ingreso de los alumnos.

Toca a las universidades de los países latinoamericanos, con su pasión y su esfuerzo por encontrar la verdad y con su voz crítica, contribuir poderosamente a la lucha por la necesaria y auténtica libertad que estos pueblos requieren para elevar la condición de vida de sus mayorías ciudadanas; para cumplir con los principios de justicia social y económica y para conquistar un porvenir digno y humano para sus futuras generaciones. Esta misión no será posible sino se producen en el seno de las universidades profundas transformaciones que le otorguen o restituyan su auténtica razón de ser.

VIII. CONCLUSIONES

Intentemos ahora resumir en unos pocos puntos los diversos aspectos tratados en este ensayo:

1) La misión esencial de la universidad es la búsqueda del conocimiento mediante la aplicación de la razón y la inteligencia. Esta misión supone o lleva implícita la transmisión de la cultura y la divulgación del conocimiento, y, en consecuencia, la formación profesional, tanto a nivel de pregrado como de gra-

duados. Supone, también, la educación superior continua para adultos, intra o extramural, realizada a través de actividades regulares intramurales (cursos, cursillos, seminarios, talleres) o actividades puntuales extramurales (charlas, conferencias, publicaciones de prensa, divulgación en revistas no científicas, etc.). En un nivel profesional o científico, la divulgación se realiza por medio de publicaciones en libros y revistas científicos, y mediante la asistencia a congresos, seminarios, jornadas o por otras actividades similares.

2) La búsqueda del conocimiento, si es de carácter universitario, no debe darse sólo como investigación de la realidad en cualquiera de sus múltiples y variados aspectos, sino también en la integración en totalidades o conjuntos más amplios de los conocimientos obtenidos, hasta lograr la dimensión universal que da sentido a la existencia humana y a sus fines. Así entendido, el conocimiento se transforma en saber (sabiduría) y se eleva por encima de la verdad para ubicarse en el terreno de la ética y de la estética y conjugarse con los valores que las definen y representan.

3) Para que la búsqueda del conocimiento sea posible y fructífera, esta búsqueda ha de estar fundada en la libertad académica, y en la capacidad y dedicación del personal que investiga y enseña, condiciones sin las cuales la universidad no puede cumplir su misión, y se convierte en otra cosa muy diferente e incluso opuesta. Dentro de esta misión indagadora de la verdad, la función crítica que es inherente a la universidad adquiere peculiar relieve y elevada significación en los países dependientes (subdesarrollados o periféricos) como lo son los que componen la América latina.

4) Lo anteriormente afirmado excluye de la misión de la universidad el concepto de extensión que se le ha añadido, bien porque constituye una redundancia si por tal extensión se entiende la enseñanza o la investigación extramural, o bien

porque la extensión es actividad que es ajena a la institución, si por extensión se entiende la solución de problemas actuales de cualquier género. Puede y debe sí la universidad contribuir a la investigación de diferentes aspectos de la realidad natural o social de su entorno (nacional, regional o mundial), siempre que no dedique sus recursos, esfuerzos y tiempo a la solución de los problemas que se planteen con respecto a esa realidad.

5) La universidad de la presente época, y en especial la universidad de los países **periféricos**, está inficionada por factores destructivos de su esencia y de su misión, los cuales vienen actuando desde los comienzos de la aparición de estas instituciones en la época colonial, pero cuyo potencial nocivo se ha acentuado en las últimas décadas. A estos factores se añaden amenazas más recientes que comprometen seriamente los intentos de salvación o recuperación de estas instituciones, intentos que pudieran conducirlos a una dedicación plena y eficaz a la misión que genuinamente les corresponde.

6) Tanto los vicios como las amenazas tienen dos fuentes diferentes, internas a la universidad y externas a ella. Ambas fuentes se entremezclan, se confunden a veces y están íntimamente interconectadas. Los factores nocivos internos están representados por el clientelismo, el amiguismo y el compadrazgo con el consiguiente intercambio de favores; por la mediocridad de sus cuadros profesoriales y estudiantiles, y, ahora, mucho más recientemente en algunas de estas instituciones, por el chantaje, el soborno y hasta la presión por amenazas y actos de violencia de parte de verdaderas mafias que se van apoderando de sectores más o menos amplios de la institución. Todos estos vicios no hacen otra cosa que reflejar las condiciones socio-culturales de estos países en su conjunto. Las amenazas externas dependen principalmente de las presiones del Estado (también del poder exterior) y de las empresas de negocios. El Estado (cuando menos el Estado representado por gobiernos de credo ultraliberal) y las elites de las burguesías nacionales,

imbuidos de la ideología neocapitalista, persiguen la privatización de las universidades, su absorción por parte de los intereses comerciales, su dependencia de estos intereses o el sometimiento de la institución a los objetivos circunstanciales que determinen los gobiernos de acuerdo con sus específicos modos de conceptualizar los problemas del país y de ver el papel de las universidades en la solución de esos problemas. Esta amenaza presenta una faz interior que la refuerza, al ser acogida, precisamente y por desgracia, por el sector verdaderamente académico de las universidades, sector que en forma consciente o sin percatarse claramente de su posición, abraza con fervor las doctrinas neoliberales.

7) Dado el avanzado estado de descomposición de las universidades, existe poca esperanza de que su depuración y renovación puedan sobrevenir de sus propias iniciativas y acciones. Será preciso, en consecuencia, que la gestión transformadora emane del propio Estado, siempre y cuando éste tenga la clara visión de preservar los fines esenciales de la institución, para lo cual es indispensable la existencia de la libertad académica. Dentro de esa gestión transformadora, es urgente deslastrar las universidades, reducir su gigantismo, ser intolerante con la mediocridad, el clientelismo y los otros vicios que la degradan, y adoptar con energía la decisión de erradicar estos vicios.

NOTAS

- 1) En un enjundioso trabajo socio-histórico sobre la Real Sociedad Científica de Londres, Ellen Valle anota: "El origen inmediato de la Real Sociedad tuvo lugar en el Colegio Gresham, fundado en Londres en 1596 por Sir Thomas Gresham, un comerciante, embajador elisabetano y pionero de la industrialización en su país. Gresham eligió deliberadamente a Londres, en lugar de Oxford o Cambridge, como sede de la nueva institución, en vista de que las universidades estaban todavía (y continuarían así durante el siglo XVIII) dominadas por la retórica escolástica y

la filosofía aristotélica; más aún, ellas no se preocupaban por la idea de utilidad, 'la utilidad del conocimiento', tan prominente en la recién creada Real Sociedad." (La traducción es mía). El meollo de la revolución baconiana consistió principalmente en la idea de que la verdad no radica en los conceptos generales asentados por la tradición filosófica que venía de los siglos anteriores, sino en la observación y experimentación de lo particular, en la colección de los datos y en la elaboración de su "historia natural", de la cual, sólo así, podría extraerse el conocimiento. Bacon, además, se encuentra entre los principales pioneros de las corrientes utilitarias que tanto influencia debían tener en la historia de Gran Bretaña y EE.UU. Para Bacon, podía probarse la verdad de la ciencia por su utilidad productiva.

- 2) Como dijo el nunca bastante celebrado poeta español Antonio Machado: "¿Tu verdad? No, la Verdad, / y ven conmigo a buscarla./ La tuya, guárdatela."
- 3) Robert Merton, sociólogo norteamericano, afirmó en su prólogo al libro de E. Garfield "*Citation Indexing—Its Theory and Applications in Science, Technology and Humanities*" que "la ciencia es conocimiento público, no privado. Solamente al publicar sus trabajos, pueden los científicos ofrecer su contribución". Más adelante, agrega Merton: "Y, en general, el trabajo científico es apreciado en la medida en que otros puedan extraer (información) de dicho trabajo para adelantar sus propias indagaciones futuras." La traducción es mía.
- 4) Una fecha clave en la aparición de la universidad científica en Europa es la de la creación de la Universidad de Berlín en 1810. Todavía en 1762, la Universidad de La Sorbona se unió a la condena que la Corona y la Iglesia de Francia promulgaron contra el *Emilio* de J.J.Rousseau, a causa de que el autor confesó en este romance educativo que con las instituciones reinantes en su época no sería posible emprender un proyecto renovador de la educación para mejorar al ser humano. ¿No será hoy aún más cierto que ayer el pronunciamiento del renombrado hombre de letras?

- 5) La verdadera autonomía de la universidad reside en su libertad de pensar, crear, divulgar y criticar; no en el nombramiento de sus autoridades por sus claustros. La facultad de darse sus propias autoridades ha conducido a la universidad llamada “democrática”, la cual ha generado muchos de los actuales vicios que tienen estas instituciones.
- 6) ¿No hubiera sido mucho más propio que en un reciente ofrecimiento del Presidente de la República a la Universidad de Los Andes de otorgar la suma de 1.200 millones de bolívares para “crear un fondo de investigación aplicada” (Diario VIERNES; 16 de Abril de 1999, Universidad de Los Andes. p.1) el primer mandatario hubiese omitido la palabra “aplicada”?
- 7) Un notable ejemplo de los efectos de esta perversa tendencia al autofinanciamiento lo ha dado, lamentablemente, la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela), institución donde ya es práctica habitual y formalmente aceptada la de dictar cursos pagados por los alumnos con el propósito de “adelantar materias”, o para saltar obstáculos por rémora o aplazamientos. Tales cursos, en los que los profesores que los dictan obtienen beneficios económicos, constituyen, en realidad, una venta de facilidades que sólo está al alcance de estudiantes que proceden de clases acomodadas o de altos recursos.
- 8) Los factores de orden político se refieren a las ideas marxistas que agitaron las intelectualidades de los países latinoamericanos para esa época, y los de orden político-demagógico aluden a las prácticas manipulatorias y clientelistas que los partidos políticos han introducido en las universidades para ganar favores y privilegios.
- 9) Este requisito exige que el Estado se comprometa a financiar los estudios de quienes, teniendo escasos recursos, aspiren al ingreso a la universidad, y demuestren, para el momento de su solicitud y durante su trayectoria estudiantil, virtudes y aptitudes para seguir con aprovechamiento los estudios universitarios. Es lamentable constatar que hasta no hace mucho los reglamentos de la Universidad de Los Andes consagraban el

privilegio de cuna concedido a los hijos de los profesores de esta institución de ingresar sin requisito alguno a sus aulas para seguir alguna carrera profesional, privilegio que se negaba a otros jóvenes que no tuvieran esas ascendencias.

OBRAS CONSULTADAS

- 1.- DALY, L.J.: "The Medieval University: 1200-1400". Sheed and Word, 1961, New York.
- 2.- BACON, FRANCIS: "Advancement of Learning", "Novum Organum", "New Atlantis". Todos en GREAT BOOKS OF THE WESTERN WORLD, editados por Robert Maynard Hutchins. William Benton, Publisher. Chigaco, 1952.
- 3.- DANTE, ALIGHIERI: "La Divina Comedia". Mursia Editore, Milán, Italia, 1967.
- 4.- GARFIELD, E., 1979: "Citation Indexing—Its Theory and Application in Science, Technology and Humanities". Foreword by Robert Merton. New York: John Wiley.
- 5.- MACHADO, ANTONIO: "Poesías". Losada, S.A., Buenos Aires, 1970.
- 6.- MARX, CARLOS: "Contribución a la crítica de la economía política". Edit. Progreso, Moscú, 1975.
- 7.- STONE, LAWRENCE (Ed.): "The University in Society". Princeton University Press, Princeton, 1974.
- 8.- UNAMUNO, MIGUEL DE: "Libros y autores españoles contemporáneos". Espasa-Calpe, Madrid, 1973.
- 9.- VALLE, E.: "A Collective Intelligence" (The Life Sciences in the Royal Society as a Scientific Discourse Community, 1665-1965). Anglica Turkuensia N° 17. University of Turku, 1999, pag, 94.
- 10.- VARIOS AUTORES, bajo la dirección de GEOFFREY RUDOLPH ELTON: "Historia del Mundo Moderno" (Traducción de "The New Cambridge Modern History"), Ramón Sopena, Barcelona, España, 1980.

